

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXVI-XL

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXVI-XL

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 187

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXVI-XL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ SOLÍS.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993.

www.editorialgredos.com

REF. GEBO290
ISBN 9788424932190.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen ha tenido como base el texto latino de la edición de W. Weissenborn y M. Mueller (Teubner, 1959). Las discrepancias van siempre indicadas en nota a pie de página. Se ha tenido a la vista, entre otras, la edición de J. Briscoe de 1991, de la misma editorial.

LIBRO XXXVI

SINOPSIS

AÑO 191 a. C.

Roma: preparativos para la guerra contra Antíoco.
Asignación de provincias (1 - 4).

Grecia: actividad de Antíoco; Beocia, Cálcide. Discurso de Aníbal (5 - 7).

Actividad de Antíoco: Tesalia, Larisa, Acarnania (8 - 12).

Contraofensiva en Tesalia (13 - 14).

La batalla de las Termópilas (15 - 19).

Episodios posteriores a la batalla (20 - 21, 5).

Roma: Escipión y Catón informan al senado (21, 6 - 21, 11).

Grecia: asedio de Heraclea (22 - 24).

Rendición de Lamia. Embajada etolia a Antíoco (25 - 26).

Negociaciones con los etolios (27 - 29).

Naupacto, Mesene, Zacinto (30 - 32).

Conquistas de Filipo. Tregua para los etolios.
Congreso aqueo en Egio (33 - 35, 10).

Roma: embajadas, juegos, templos, prodigios (35, 11 - 37).

La guerra en el Norte. Discutido triunfo de Escipión Nasica (38 - 40).

Oriente: la guerra en el mar. Batalla de Córico (41 - 45, 8).

Roma: elecciones (45, 9).

*Roma; preparativos para la guerra contra Antíoco.
Asignación de provincias*

[1] Cuando los cónsules¹ Publio Cornelio Escipión², hijo de Gneo, y Manio Acilio [2] Glabrión³ entraron en funciones, recibieron orden del senado de cumplir con el ceremonial religioso, antes de tratar la cuestión de las provincias, sacrificando víctimas adultas en todos los santuarios en que ordinariamente se celebra el lectisternio la mayor parte del año, para pedir que el proyecto de una nueva guerra que el senado tenía en la mente fuese para bien y prosperidad del senado [3] y el pueblo romano. Todos aquellos sacrificios fueron favorables y se obtuvieron buenos presagios desde las primeras víctimas, y así los arúspices respondieron que con aquella guerra se ampliaban las fronteras del pueblo romano, [4] que se manifestaba una victoria y un triunfo. Cuando se recibió esta respuesta, libres ya los ánimos de preocupaciones religiosas, los senadores dispusieron que se sometiese [5] al pueblo la cuestión de si quería y mandaba que se entrase en guerra contra el rey Antíoco y contra quienes lo secundasen; en caso de ser aprobada esta proposición, entonces los cónsules se servirían someter todo el asunto [6] a la consideración del senado. Publio Cornelio consiguió la aprobación del proyecto de ley. Entonces el senado decretó que los cónsules sortearan entre ellos las provincias de Italia y Grecia. Aquel a quien correspondiese Grecia, aparte de los efectivos que había alistado o exigido⁴ para dicha provincia el cónsul Lucio Quincio⁵ en virtud de una decisión del senado, recibiría el ejército que el pretor [7] Marco Bebio⁶ había trasladado a Macedonia el año anterior en conformidad con un decreto del senado; además, [8] quedó autorizado para recibir tropas auxiliares de los aliados fuera de Italia, si las circunstancias lo requerían, sin rebasar la cifra de los cinco mil hombres. Se

acordó nombrar legado para aquella campaña a Lucio Quincio, el cónsul del año anterior. Al otro cónsul, al que le correspondiera [9] como provincia Italia, se le daba orden de hacer la guerra a los boyos con el ejército que prefiriera de los dos que habían tenido a sus órdenes los cónsules precedentes; el otro ejército lo enviaría a Roma, y esas legiones urbanas estarían dispuestas para acudir a donde decidiese el senado.

Adoptadas estas decisiones por el senado, que aún no [2] sabía cuál sería la provincia de cada uno, se acordó por fin que se hiciera el sorteo entre los cónsules. A Acilio le correspondió Grecia, y a Cornelio, Italia. Luego, definida [2] ya la suerte, se aprobó un decreto del senado disponiendo que, en vista de que el pueblo romano, en aquellos momentos, había mandado que hubiera guerra contra el rey Antíoco y los que estaban bajo su autoridad, por tal motivo los cónsules ordenarían una plegaria pública y asimismo el cónsul Manio Acilio prometería con voto unos Grandes Juegos en honor de Júpiter y ofrendas en todos los altares. El cónsul, siguiendo el dictado del pontífice [3] máximo Publio Licinio, formuló el voto con estos términos: «Si la guerra que el pueblo ha mandado emprender contra el rey Antíoco finaliza conforme a los deseos del [4] senado y el pueblo romano, entonces el pueblo romano celebrará en tu honor, Júpiter, unos Grandes Juegos durante diez días consecutivos, y se presentarán ofrendas en todos los altares por la suma de dinero que el senado decidiere. [5] Quienquiera que sea el magistrado que celebre dichos juegos en el momento y el lugar que fuere, estos juegos se darán por celebrados en debida forma y las ofrendas por presentadas debidamente.» La rogativa decretada a continuación por los dos cónsules duró dos días.

[6] Inmediatamente después de sortear los cónsules sus provincias, también los pretores hicieron su sorteo. A Marco Junio Bruto le correspondieron las dos

jurisdicciones^{6bis}; a Aulo Cornelio Mámula, el Brucio; a Marco Emilio Lépido, Sicilia; Cerdeña, a Lucio Opio Salinátor; a Gayo Livio Salinátor, la armada; y a Lucio Emilio Paulo, la Hispania [7] ulterior. La asignación de tropas fue como sigue: los nuevos reclutas, enrolados el año anterior por el cónsul Lucio Quincio en virtud de un senadoconsulto⁷, fueron asignados a Aulo Cornelio, con instrucciones de vigilar todo [8] el litoral en torno a Tarento y Brundisio. En cuanto a Lucio Emilio Paulo⁸, aparte del ejército que iba a recibir del procónsul Marco Fulvio⁹, se dispuso mediante un decreto que llevase a la Hispania ulterior tres mil reclutas y trescientos jinetes, de forma que las dos terceras partes fuesen aliados latinos y una tercera parte ciudadanos romanos. El mismo complemento se le envió a Gayo Flaminio, [9] cuyo mando había sido prorrogado para la Hispania citerior. Marco Emilio Lépido recibió orden de hacerse [10] cargo tanto de la provincia como del ejército de Lucio Valerio¹⁰, al que iba a suceder, y de mantener en la provincia [11] a Lucio Valerio, si lo creía oportuno, en calidad de propretor, dividiendo la provincia en dos partes, una desde Agrigento hasta el Paquino y la otra desde el Paquino hasta el Tindáreo¹¹; Lucio Valerio vigilaría el litoral correspondiente con veinte navíos de guerra. Se encargó [12] a este mismo pretor de recaudar dos diezmos de trigo; él se ocuparía de su traslado hasta la costa y su transporte a Grecia. Idénticas instrucciones recibió Lucio Opio con [13] relación al nuevo diezmo que debía ser recaudado en Cerdeña; pero se decidió que ese trigo no fuese enviado a Grecia sino a Roma. El pretor Gayo Livio, al que había [14] correspondido la flota en el sorteo, recibió orden de trasladarse a Grecia cuanto antes con treinta navíos equipados y hacerse cargo de las naves de Atilio¹². Se encomendó [15] al pretor Marco Junio la tarea de carenar y armar las naves viejas que había en los

astilleros, así como de reclutar entre los libertos marineros para esta flota.

Se enviaron a África tres comisarios a los cartagineses [3] y tres a Numidia a comprar trigo para mandar a Grecia, corriendo el pueblo romano con los costes. La ciudad se [2] entregó a los preparativos de aquella guerra con tal empeño [3] que el cónsul Publio Cornelio publicó un edicto prohibiendo a quienes eran senadores, a quienes estaban facultados para exponer su opinión en el senado¹³ y a quienes desempeñaban magistraturas menores¹⁴, alejarse de Roma tanto que no pudieran volver el mismo día, así como ausentarse de Roma cinco senadores simultáneamente. [4] Una disputa que se originó con los colonos de la costa¹⁵ interrumpió durante algún tiempo la actividad que estaba desplegando el pretor Gayo Livio para preparar la flota. [5] En efecto, al ser llamados para su incorporación a la flota, apelaron a los tribunos de la plebe, y éstos los remitieron al senado. El senado, sin una sola voz en contra, dictaminó que aquellos colonos no tenían motivo de exención del [6] servicio a la marina. Ostia, Fregenas, Castro Nuevo, Pirgos, Ancio, Tarracina, Minturnas y Sinuesa fueron las colonias que discutieron con el pretor la cuestión de la exención¹⁶. [7] Después el cónsul Manio Acilio, a tenor de un decreto del senado, formuló a los feciales unas consultas: si era obligado declarar la guerra al rey Antíoco en persona o bastaba con comunicárselo a alguna de sus guarniciones, [8] y además, si se les debía declarar la guerra por separado también a los etolios, y si antes de declararles la guerra era preciso romper las relaciones de alianza y amistad. Los feciales respondieron que ya anteriormente, al ser [9] consultados en el caso de Filipo, habían manifestado que lo mismo daba que se le hiciera la comunicación a él personalmente o a una guarnición suya; la ruptura de las [10] relaciones de amistad parecía que ya se había producido, puesto que los

etolios, a pesar de las reiteradas reclamaciones de los embajadores, habían considerado justo no restituir ni dar explicaciones; eran ellos quienes se habían adelantado [11] a declarar la guerra cuando habían ocupado por la fuerza Demetriad¹⁷, una ciudad aliada, y cuando habían [12] ido a asediar Cálcide¹⁸ por tierra y mar, y cuando habían hecho que el rey Antíoco pasara a Europa para hacerle la guerra al pueblo romano. Una vez que todo [13] estuvo ya suficientemente preparado, el cónsul Manio Acilio publicó un edicto disponiendo que el quince de mayo se concentraran en Brundisio los soldados que había reclutado Lucio Quincio y los que había exigido a los aliados y latinos, que debían ir con él a su provincia, así como los tribunos militares de las legiones primera y tercera. Él mismo salió de la ciudad vestido de uniforme el día [14] tres de mayo. Por las mismas fechas salieron también los pretores hacia sus provincias.

Por la misma época llegaron a Roma los embajadores [4] de dos reyes, Filipo y Tolomeo. Filipo se comprometía a enviar tropas, dinero y trigo para la guerra; Tolomeo [2] también enviaba mil libras de oro y veinte mil de plata. Nada de esto fue aceptado; se les dieron las gracias a los reyes, y como ambos se ofrecían a ir a Etolia con todas [3] sus tropas e intervenir en la guerra, se declinó el ofrecimiento de Tolomeo y se respondió a los embajadores de [4] Filipo que si no dejaba desasistido al cónsul Manio Acilio se ganaría el reconocimiento del senado y el pueblo romano. [5] Igualmente, llegaron embajadores de los cartagineses y del rey Masinisa. Los cartagineses prometían quinientos mil^{18bis} modios de trigo y quinientos mil de cebada para el ejército, estando dispuestos a mandar a Roma la mitad de ese [6] contingente; pedían a los romanos que lo aceptaran como [7] un regalo de su parte, y se mostraban dispuestos a armar una flota a sus expensas, y a entregar en el acto y de una vez el tributo

que debían abonar durante muchos años en [8] muchos plazos. Los embajadores de Masinisa prometieron que el rey enviaría a Grecia quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada para el ejército, y a Roma, al cónsul Manio Acilio, trescientos mil modios de trigo y doscientos cincuenta mil de cebada, y quinientos jinetes [9] y veinte elefantes. Con respecto al trigo, se respondió a unos y otros que el pueblo romano haría uso de él a condición de que aceptasen su abono. En cuanto a la flota, no se aceptó¹⁹ el ofrecimiento de los cartagineses, salvo que debieran algún navío en virtud del tratado. Igualmente, con respecto al dinero se respondió que no se aceptaría nada antes del vencimiento del plazo.

Grecia: actividad de Antíoco; Beocia, Cálcide. Discurso de Aníbal

[5] Mientras en Roma tenían lugar estos acontecimientos, Antíoco, en Cálcide, para mantener la actividad durante la permanencia en los cuarteles de invierno, unas veces recababa él los apoyos de las ciudades enviando embajadores, y otras acudían a él por propia iniciativa, como los epirotas, por acuerdo unánime de su nación, y los eleos, que vinieron desde el Peloponeso. Los eleos pedían ayuda contra los [2] aqueos, pues estaban convencidos de que éstos atacarían su ciudad la primera después de su desacuerdo con la declaración de guerra a Antíoco. Se les enviaron mil soldados [3] de infantería capitaneados por el cretense Eufanes. La actitud de la embajada epirota no era en modo alguno abierta y franca en ningún sentido; querían ganarse las simpatías del rey teniendo buen cuidado de evitar roces con los romanos. Pedían, en efecto, que no los comprometiera [4] innecesariamente con su causa, situados como estaban frente a Italia como avanzadilla de Grecia entera,

expuestos a recibir los primeros ataques de los romanos; pero si él era [5] capaz de cubrir el Epiro con sus fuerzas terrestres y navales, todos los epirotas lo acogerían con agrado en sus ciudades y puertos; ahora bien, si no era capaz de hacerlo, le suplicaban que no los lanzase indefensos e inermes a una guerra contra Roma. Lo que se pretendía con esta [6] embajada era evidente: si Antíoco no entraba en el Epiro, que les parecía lo más probable, ellos seguirían en la misma situación con respecto a los ejércitos romanos pero se habrían ganado el reconocimiento del rey por haberse mostrado dispuestos a recibirlo si venía; y si se presentaba, [7] aun en ese caso podrían esperar el perdón de los romanos porque habrían sucumbido ante las fuerzas de quien se encontraba presente al no contar con una ayuda que estaba lejos. Como no tenía pronta una respuesta para esta [8] embajada tan ambigua, dijo que les enviaría delegados para hablar de las cuestiones que concernían a ambas partes.

Él partió hacia Beocia, que tenía los motivos aparentes [6] de resentimiento contra los romanos a los que me he referido anteriormente²⁰: el asesinato de Braquiles y la ofensiva desencadenada por Quincio contra Coronea a causa de [2] la matanza de soldados romanos²¹; pero la razón verdadera era que llevaba ya muchos siglos deteriorándose privada y públicamente la en otro tiempo famosa disciplina de aquel pueblo, y muchos se encontraban en una situación que no podía mantenerse mucho tiempo sin cambios [3] bruscos. Llegó a Tebas, saliendo a su encuentro desde todas partes los dirigentes de Beocia. A pesar de que había iniciado la guerra con acciones importantes e inequívocas en Delio, con el ataque a la guarnición romana, y en Cálcide²², [4] sin embargo en la asamblea nacional comenzó un discurso en la misma línea del que había pronunciado en la primera conferencia²³ de Cálcide y por boca de sus representantes

en la asamblea de los aqueos²⁴: pidiendo no una declaración de guerra a los romanos sino el establecimiento de relaciones de amistad con él. A nadie se le [5] ocultaba lo que se pretendía; sin embargo, se aprobó un decreto envuelto en palabras suaves a favor del rey y en contra de los romanos.

[6] Incorporado también este pueblo a su causa, regresó a Cálcide, desde donde previamente había enviado cartas convocando a los dirigentes etolios a una reunión en Demetríade para discutir con ellos la situación en su conjunto, y llegó con sus naves el día señalado para esta asamblea. [7] En ella estuvieron presentes tanto Aminandro, al que se hizo venir a consulta desde Atamania, como Aníbal el cartaginés, al que se había mantenido al margen desde hacía [8] tiempo. Se debatió la cuestión del pueblo tesalio. A todos los presentes les parecía que había que sondear sus intenciones. Sólo en un punto había diversidad de criterios: unos [9] opinaban que se debía actuar inmediatamente, y otros que se debía esperar a que pasase el invierno, que estaba entonces a mediados aproximadamente, y dejarlo para el comienzo de la primavera; y unos opinaban que solamente se debían mandar emisarios, y otros que se debía marchar [10] con todas las tropas y amedrentarlos si se mostraban vacilantes.

Cuando el debate estaba centrado casi por completo [7] en torno a esta cuestión, Aníbal, al que se preguntó expresamente su opinión, llevó al rey y a los que estaban presentes a pensar en la guerra en su conjunto, con el siguiente discurso: «Si desde que pasamos a Grecia se me hubiera [2] invitado al consejo, cuando se debatiera acerca de Eubea y de los aqueos y Beocia, yo habría expuesto el mismo criterio que voy a expresar ahora que se trata de los tesalios. En primer lugar, pienso que es preciso impulsar [3] hacia una alianza militar a Filipo y los macedonios por

cualquier medio. Pues en lo concerniente a Eubea y [4] a los beocios y tesalios, ¿quién pone en duda que al no tener fuerzas propias siempre adulan a los que están allí, y para obtener el perdón utilizan como recurso ese mismo temor que muestran para tomar una decisión, y que, en [5] cuanto hayan visto en Grecia un ejército romano, se volverán hacia el poder imperial al que están acostumbrados, y no se les considerará culpables de no haber querido experimentar la fuerza de tu presencia y de tu ejército estando los romanos lejos como estaban? Por consiguiente, ¿no [6] es mucho más urgente y más importante que se una a nosotros Filipo y no ellos? Una vez que éste se una a nuestra causa no tendrá más opción en el futuro y aportará unas fuerzas que por sí solas fueron capaces recientemente de contener a los romanos, y que no serán sólo un refuerzo [7] en la guerra contra Roma. Si él se une a nosotros, y que no se tomen a mal mis palabras, ¿cómo puedo dudar del resultado cuando veo que los romanos van a ser atacados ahora precisamente por los mismos que constituyeron [8] su fuerza en contra de Filipo? Los etolios, que vencieron a Filipo, como todos admiten, combatirán al lado de Filipo [9] frente a los romanos; Aminandro y el pueblo de los atamanes, cuya colaboración en aquella guerra fue la segunda en importancia después de los etolios, formarán a [10] nuestro lado. Entonces tú no intervenías y Filipo llevaba todo el peso de la guerra; ahora vais a hacer la guerra dos poderosísimos reyes con las fuerzas de Asia y Europa frente a un pueblo solo que, por no hablar de mi buena y mala fortuna, ciertamente en la época de nuestros padres no estuvo a la altura de uno solo de los reyes del Epiro, el cual, por otra parte, en nada era comparable a vosotros. [11] Y bien, ¿qué razones tengo para confiar en la posibilidad de que Filipo se una a nosotros? La primera, la comunidad de intereses, que es el vínculo más sólido de una alianza; [12] y la segunda, vosotros la avaláis, etolios. En efecto, vuestro delegado Toante, aquí presente, entre

los demás argumentos habitualmente aducidos para traer a Antíoco a Grecia siempre ha afirmado ante todo que Filipo protestaba y no se resignaba a que se le hubieran impuesto unas condiciones de esclavitud bajo la apariencia de condiciones [13] de paz. En sus intervenciones incluso comparaba la rabia del rey a la de una fiera encadenada o enjaulada ansiosa de romper los barrotes. Si éstos son sus sentimientos, desatemos nosotros sus ataduras y rompamos sus barrotes para que su cólera, largo tiempo represada, pueda desbordarse [14] contra los enemigos comunes. Y si nuestra embajada no produce ningún efecto en él, pongamos por nuestra parte los medios para evitar al menos que pueda unirse a nuestros enemigos si no somos capaces de conseguir que se una a nosotros. Tu hijo Seleuco está en Lisimaquia. Si él, [15] con el ejército que tiene a su mando, atraviesa Tracia y comienza a devastar los confines de Macedonia, conseguirá fácilmente que Filipo deje de prestar apoyo a los romanos para defender sus posesiones por encima de todo. Tienes mi opinión en lo que respecta a Filipo; lo que yo [16] pensaba acerca de la estrategia general de la guerra lo has sabido desde el principio. Si se me hubiera escuchado entonces, los romanos hubieran oído hablar no de la toma de Cálcidre en Eubea y del asalto a una posición fortificada del Epiro²⁵, sino de una conflagración bélica en Etruria y en las costas de Liguria y de la Galia Cisalpina, y de que Aníbal estaba en Italia, cosa que temen por encima de todo. Todavía ahora, mi criterio es que se haga venir [17] a todas las fuerzas navales y terrestres, y que sigan a la flota las naves de carga con los suministros, pues así como somos pocos aquí para las tareas de la guerra, también somos demasiados en proporción a la escasez de aprovisionamientos. Una vez que hayas reunido todas tus fuerzas, [18] divide la flota, y que una parte permanezca fondeada en Corcira para evitar que los romanos tengan el

paso franco [19] y seguro; haz que la otra parte se traslade a las costas de Italia que dan a Cerdeña y África; tú, con todas las fuerzas de tierra, avanza hasta el territorio de Bulis²⁶; desde allí dominarás Grecia haciendo creer a los romanos [20] que pretendes cruzar, y estarás dispuesto para hacerlo si la situación lo requiere. Esto es lo que te aconsejo, y aunque no soy un experto en cualquier clase de guerras, lo cierto es que a costa de mis propios éxitos y fracasos aprendí [21] a hacer la guerra contra los romanos. Para lo que yo he aconsejado prometo mi colaboración leal y sin reservas. Que los dioses den su aprobación a la propuesta que te pareciere la mejor.»

Actividad de Antíoco: Tesalia, Larisa, Acarnania

[8] Así fue, poco más o menos, el discurso de Aníbal. Los presentes lo aplaudieron en aquel momento pero no lo llevaron a la práctica en la misma medida, pues no se ejecutó ninguna de sus propuestas si se exceptúa el hecho de enviar a Polixénidas para traer [2] de Asia una flota y tropas. Se enviaron delegados a Larisa a la asamblea de los tesalios y se les señaló una fecha a los etolios y a Aminandro para que se concentrara el ejército en Feras, adonde acudió también sin demora el rey [3] con sus tropas. Mientras esperaba allí a Aminandro y a los etolios envió a Filipo de Megalópolis con dos mil hombres a recoger los restos de los macedonios caídos en Cinoscéfalas, donde había llegado a su fin la guerra con [4] Filipo; o se lo aconsejó el propio Filipo de Megalópolis, que buscaría el reconocimiento del pueblo macedonio y la ojeriza contra el rey por haber dejado insepultos a sus soldados, o le impulsó a hacerlo la vanidad innata en los reyes, dedicando su atención a un gesto aparentemente magnánimo [5] y en realidad vacío. Amontonando los restos que estaban diseminados por todas partes se levantó un

túmulo que no suscitó gratitud alguna por parte de los macedonios [6] y sí engendró un profundo resentimiento en Filipo. Por eso, éste, que hasta entonces estaba dispuesto a que la fortuna guiara sus decisiones, inmediatamente mandó aviso al propretor Marco Bebio de que Antíoco había lanzado una ofensiva contra Tesalia; que, si lo consideraba oportuno, abandonase los cuarteles de invierno y él iría a su encuentro para discutir juntos lo que procedía hacer.

Cuando Antíoco estaba ya acampado cerca de Feras, [9] donde se le unieron los etolios y Aminandro, se presentaron unos delegados de Larisa preguntando qué habían hecho o qué habían dicho los tesalios para que lanzara una ofensiva bélica contra ellos, y rogándole, al mismo tiempo, [2] que retirara su ejército y discutiera con ellos por medio de embajadores cualquier cuestión que le pareciera. Simultáneamente, [3] enviaron a Feras una guarnición de quinientos hombres mandados por Hipóloco²⁷; éstos no pudieron pasar, pues las tropas del rey tenían ya bloqueados todos los caminos, y se retiraron a Escotusa. El rey respondió de [4] buenas maneras a los enviados de los lariseos que él había penetrado en Tesalia no para hacer la guerra sino para defender y asegurar la libertad de los tesalios. Mandó un [5] emisario a dar a los fereos una explicación parecida; éstos no dieron ninguna respuesta, y a su vez le enviaron al rey a Pausanias, su primer ciudadano, como interlocutor. Éste utilizó unos términos parecidos, pues la situación era [6] similar, a los empleados en favor de los calcidenses en la entrevista del estrecho del Euripo, y algunos incluso más duros; el rey los invitó a reflexionar una y otra vez antes [7] de tomar una decisión de la que, por ser demasiado cautos y previsores para el futuro, fueran a arrepentirse inmediatamente, y los despidió. Cuando informaron del resultado [8] de esta embajada a los fereos, lo cierto es que no dudaron ni un

momento en afrontar, por lealtad hacia los romanos, cualquier cosa que acarrease la suerte de la guerra. Y así, [9] mientras que ellos se disponían a defender la ciudad con el mayor empeño, el rey iniciaba el ataque a las murallas por todos los lados a la vez; y como comprendía perfectamente, [10] pues ello no ofrecía dudas, que de la suerte de la primera ciudad que atacase dependía el que en adelante todo el pueblo tesalio le menospreciase o le temiese, infundió pánico a los sitiados por todas partes y de todas las [11] maneras. Al principio aguantaron con bastante firmeza la acometida de los asaltantes; después, como caían o eran heridos muchos de los que defendían en primera línea, su [12] moral comenzó a flaquear. Llamados luego a persistir en el empeño por las reconvenciones de sus jefes, abandonaron el exterior del recinto amurallado, pues sus tropas eran ya insuficientes, y se replegaron a la zona central de la ciudad, que estaba rodeada por una línea defensiva más reducida; por último, superados por las dificultades y temerosos de que el enemigo no tuviera ninguna clemencia [13] si los tomaba por la fuerza, se rindieron. Después, el rey, sin perder ni un instante mientras el pánico estaba aún vivo envió cuatro mil hombres a Escotusa. También aquí se produjo la rendición sin demora, a la vista del reciente [14] ejemplo de los fereos que, doblegados por la adversidad, habían acabado por hacer aquello a lo que en un principio se habían negado empecinadamente; con la propia ciudad se rindieron Hipóloco y la guarnición de lariseos. [15] El rey les dejó marchar indemnes a todos ellos, porque estaba convencido de que este gesto tendría mucha importancia con vistas a granjearse las simpatías de los lariseos.

[10] Llevadas a cabo estas operaciones en los diez días siguientes a su llegada a Feras, marchó con todo su ejército [2] a Cranón²⁸, que tomó nada más llegar. A continuación se le rindieron Cierio y Metrópolis y los enclaves

fortificados de sus alrededores. En esos momentos tenía en su poder toda la comarca a excepción de Atrace y Girtón²⁹. Entonces decidió atacar Larisa, persuadido de que [3] el terror producido por la toma de las demás ciudades, la gratitud por haber dejado marchar a su guarnición, o el ejemplo de tantas ciudades que se rendían, harían que no siguiera obstinándose en su actitud. Mandó llevar los [4] elefantes delante de las enseñas para sembrar el pánico y avanzó hacia la ciudad en formación cerrada, de forma que una gran parte de los lariseos se debatía entre el temor a los enemigos presentes y la vergüenza ante los aliados ausentes. Por aquellos mismos días Aminandro con los [5] jóvenes atamanes ocupó el Pelineo³⁰, y Menipo, con tres mil etolios de a pie y doscientos de a caballo partió hacia Perrebia, tomó por asalto Malea y Cirecias y saqueó el territorio de Trípolis³¹. Tras llevar a cabo con gran rapidez [6] estas acciones regresaron junto al rey, a Larisa, y llegaron cuando estaba deliberando acerca de lo que convendría hacer con esta ciudad. En este caso las opiniones [7] estaban divididas; unos sostenían que se debía emplear la violencia y no dejar pasar el tiempo, atacando con máquinas y obras de asedio por todos los lados a la vez las murallas de la ciudad situada en el llano, con accesos abiertos y sin pendiente por todas partes. Otros hacían hincapié [8] por un lado en que las fuerzas de la ciudad no se podían comparar en absoluto con las de Feras, y por otro en que la estación invernal no era nada propicia para ninguna clase de operación militar y mucho menos para el asedio o [9] el asalto a una ciudad. Cuando el rey estaba indeciso entre el miedo y la esperanza, su moral se fortaleció al coincidir que llegaron a entregar su ciudad unos enviados [10] de Fársalo. Entretanto Marco Bebio, tras un encuentro con Filipo en Dasarecia, puesto de acuerdo con él envió a defender Larisa a Apio Claudio; éste atravesó Macedonia a marchas forzadas y llegó hasta la

cima de las montañas [11] que dominan Gonos. Esta ciudad está situada a veinte millas de Larisa, a la entrada misma³² del desfiladero llamado Tempe. Allí, tomando medidas para un campamento mayor de lo que correspondía al número de sus tropas y encendiendo más hogueras de las que se precisaban, hizo que el enemigo creyera, como él pretendía, que se encontraba allí todo el ejército romano junto con el rey Filipo. [12] Por ello, el rey, poniendo ante los suyos como excusa la inminencia del invierno, se detuvo sólo un día y se alejó de Larisa regresando a Demetriáde; los etolios y los atamanes [13] se retiraron a su territorio. Apio, aun viendo que se había levantado el asedio, que era el objetivo con que había sido enviado, descendió sin embargo hasta Larisa con el objeto de fortalecer la moral de los aliados con vistas [14] al futuro. Éstos tenían un doble motivo de satisfacción, porque habían salido los enemigos de su territorio y porque veían una guarnición romana dentro de sus murallas.

[11] El rey marchó³³ de Demetriáde a Cálcide. Enamorado de una joven calcidense hija de Cleoptólemo, por mediación de terceros en un principio y personalmente después [2] agobió con sus ruegos al padre, que se resistía a entrar en relación con un nivel social demasiado gravoso para su fortuna; al fin consiguió su propósito, celebró la boda como si se estuviera en plena paz y, olvidándose de los dos grandes proyectos que había emprendido simultáneamente, la guerra contra Roma y la liberación de Grecia, y dejando a un lado cualquier otra preocupación, pasó el resto del invierno en banquetes, en los placeres que siguen a la bebida, y en el sueño que viene después más por hartazgo que por satisfacción. Igualmente, la molicie [3] se adueñó en todas partes de todos los prefectos del rey que habían quedado al mando de los campamentos de invierno, pero sobre todo en Beocia; a ella se entregaron también los soldados, y ninguno de ellos se ponía la

armadura ni hacía las guardias y centinelas ni hacía nada que [4] tuviese que ver con tareas u obligaciones militares. Y así, [5] cuando a principios de la primavera atravesó la Fócide y llegó a Queronea, donde había dado orden de que viniera a concentrarse todo el ejército desde todas partes, fácilmente se dio cuenta de que los soldados habían pasado el invierno bajo una disciplina tan poco estricta como la de su jefe. Ordenó a Alejandro de Acarnania y a Menipo [6] de Macedonia que condujeran las tropas desde allí a Estrato³⁴, en Etolia, y él, después de ofrecer en Delfos un sacrificio a Apolo avanzó hasta Naupacto. Tras celebrar un [7] consejo con los dirigentes etolios, siguiendo la carretera que lleva a Estrato pasando por Calidón³⁵ y Lisimaquia se fue al encuentro de los suyos que venían por el golfo Malíaco. En Estrato un jefe de los acarnanios llamado [8] Mnasíloco, comprado con multitud de regalos, se dedicaba personalmente a ganar a la gente para la causa del rey, e incluso había atraído a su proyecto al pretor Clito³⁶, [9] que ejercía entonces la máxima autoridad. Viendo éste que no le era fácil poder arrastrar a la defección a los habitantes de Léucade, la principal ciudad de Acarnania, debido a su temor a la flota romana que mandaba Atilio y que estaba en las cercanías de Cefalania, los abordó a [10] base de astucia. En efecto, cuando dijo en la asamblea que era preciso defender la Acarnania del interior y que todos los que podían portar armas debían partir hacia Medión y Tirreo³⁷ para evitar que las ocupasen Antíoco o [11] los etolios, hubo quienes señalaban que no tenía ningún sentido movilizar precipitadamente a todo el mundo, que bastaba con un destacamento de quinientos hombres. Conseguido este contingente situó trescientos hombres en Medión y doscientos en Tirreo, y lo hizo con el propósito de que cayeran en poder del rey para utilizarlos como rehenes más adelante.

[12] Por la misma época llegaron a Medión unos emisarios del rey. Después de escucharlos se debatió en una asamblea [2] qué respuesta dar al rey. Como unos sostenían que se debía desprestigiar la amistad del rey, se estimó que la propuesta de Clito era una solución intermedia y por eso [3] fue aceptada: enviar embajadores al rey y pedirle que permitiera a los medionios debatir tan importante cuestión [4] en la asamblea de los acarnanes. Mnasíloco y sus partidarios, incluidos con toda intención en aquella embajada, enviaron en secreto mensajeros al rey para indicarle que acercara sus tropas mientras ellos trataban de ganar tiempo. [5] Y así, apenas habían salido éstos cuando Antíoco se encontraba ya en el territorio y muy pronto ante las puertas, y mientras los que no estaban al tanto de la traición eran presa del pánico y llamaban atropelladamente a las armas a la juventud, Clito y Mnasíloco lo introdujeron en la ciudad. Y en tanto unos afluían por su propia voluntad, [6] incluso los que no estaban de acuerdo se congregaron en torno al rey empujados por el miedo. Con palabras calmó sus temores, y algunos pueblos de Acarnania, esperanzados por lo que se comentaba acerca de su clemencia, se pasaron a él. Desde Medión marchó a Tirreo, adonde [7] mandó por delante a Mnasíloco y los embajadores. Por otra parte, el descubrimiento de la trampa utilizada en Medón hizo a los tirrenses más cautos, no más medrosos, pues sin la menor ambigüedad respondieron que no aceptarían [8] ninguna nueva alianza sin el consentimiento de los generales romanos y después cerraron las puertas y situaron hombres armados sobre las murallas. En un momento [9] muy oportuno para fortalecer la moral de los acarnanes, Gneo Octavio, que había sido enviado por Quincio y se había hecho cargo del destacamento y las pocas naves de Aulo Postumio³⁸, a quien el legado Atilio había puesto al mando de Cefalania, llegó a Léucade y llenó de esperanza [10] a

los aliados con la noticia de que el cónsul Manio Acilio había cruzado ya el mar con sus legiones y que había un campamento en Tesalia. Como la época del año, propicia [11] ya para la navegación, hacía verosímil esta noticia, el rey dejó un destacamento en Medión y en algunas otras plazas de Acarnania, se retiró de Tirreo y retornó a Cálcide pasando por las ciudades de Etolia y de la Fócide.

Contraofensiva en Tesalia

[13] Hacia la misma época, Marco Bebio y el rey Filipo, que ya se habían reunido antes durante el invierno en el territorio de los dasarecios, tras haber enviado a Tesalia a Apio Claudio para liberar Larisa [2] del asedio, regresaron a los cuarteles de invierno porque la estación no era propicia para el desarrollo de operaciones militares, y al inicio de la primavera reunieron [3] sus tropas y bajaron a Tesalia. Antíoco se encontraba entonces en Acarnania. Al llegar, Filipo atacó Malea, en Perrebia, y Bebio, Facio, que tomó casi al primer asalto, [4] conquistando después Festo³⁹ con la misma rapidez. Luego se retiró a Atrace y desde allí ocupó Cirecias y Ericio⁴⁰, dejó guarniciones en las plazas ocupadas y se reunió de [5] nuevo con Filipo, que estaba asediando Malea. A la llegada del ejército romano se rindieron los sitiados, bien por temor a estas fuerzas o bien porque esperaban clemencia; ellos, con sus tropas reunidas, marcharon a reconquistar [6] las plazas que habían ocupado los atamanes, que eran éstas: Eginio, Ericinio, Gonfos, Silana⁴¹, Trica, Melibea [7] y Faloria. A continuación pusieron cerco a Pelineo, donde se encontraba Filipo de Megalópolis con una guarnición de quinientos hombres de infantería y cuarenta de caballería, y antes de lanzar el asalto enviaron mensajeros a Filipo para aconsejarle que no intentase probar su fuerza hasta [8] el final. Él les respondió con bastante altivez que se

habría fiado de los romanos o de los tesalios, pero que [9] no se pondría en manos de Filipo. Una vez que quedó patente que habría que recurrir a la fuerza, como parecía que se podía atacar también Limneo⁴² simultáneamente, se acordó que el rey fuese a Limneo y Bebio se quedó para sitiar Pelineo.

Casualmente, por aquellas fechas el cónsul Manio [14] Acilio había cruzado ya el mar con veinte mil soldados de infantería, dos mil jinetes y quince elefantes; dio orden a los tribunos militares de marchar con la infantería a Larisa, y él, con la caballería, fue a reunirse con Filipo en Limneo. A la llegada del cónsul se produjo la rendición [2] sin dudarlo, siendo entregada la guarnición real y los atamanes junto con ella. De Limneo, el cónsul marchó a [3] Pelineo. Allí se rindieron primero los atamanes y después también Filipo de Megalópolis. Dio la coincidencia de [4] que al dejar éste la guarnición se encontró con él el rey Filipo y en son de burla dio orden de saludarlo como rey; luego, personalmente se dirigió a él llamándolo hermano, una broma nada acorde con su majestad^{42bis}. Conducido [5] más tarde a presencia del cónsul, éste dio orden de ponerlo bajo custodia y poco después lo envió a Roma encadenado. El resto de los atamanes y los soldados del rey Antíoco que habían formado parte de las guarniciones de las plazas rendidas durante aquellos días fueron entregados al rey Filipo; eran cuatro mil hombres aproximadamente. El cónsul [6] marchó a Larisa, con la intención de discutir allí las líneas generales de la guerra. Durante la marcha, salieron a su encuentro enviados de Cierio y Metrópolis para entregarle sus ciudades. Filipo trató con especial indulgencia a los [7] prisioneros atamanes para ganarse a su pueblo a través de ellos, y como abrigaba esperanzas de apoderarse de Atamania llevó su ejército en aquella dirección enviando por [8] delante a los prisioneros a sus respectivas ciudades. Por un lado, éstos influyeron mucho

entre sus paisanos al resaltar la clemencia y la generosidad del rey para con ellos, [9] y por otro, Aminandro, que con su majestad hubiera mantenido leales a algunos de haber estado presente, temiendo ser entregado a Filipo, su antiguo enemigo, y a los romanos, justamente irritados entonces con él a causa de su traición, abandonó el reino con su mujer y sus hijos y se trasladó a Ambracia. De esta forma toda Atamania cayó [10] bajo la autoridad y el dominio de Filipo. El cónsul se detuvo en Larisa algunos días principalmente para dar descanso a los animales de carga, agotados por la travesía marítima y las marchas posteriores, y con un ejército como nuevo gracias al breve descanso siguió la marcha hasta [11] Cranón. A su paso se rindieron Fársalo, Escotusa y Feras, así como los soldados de Antíoco que se encontraban allí de guarnición. Preguntó quiénes de ellos querían quedarse con él, entregó a Filipo los mil que quisieron y envió a [12] los demás a Demetriade desarmados. A continuación recuperó Proerna⁴³ y las posiciones fortificadas de sus alrededores, y después inició la marcha directamente hacia el golfo Malíaco. Cuando se acercaba a las gargantas sobre las que está situada Táumacos, toda la juventud tomó las armas, abandonó la ciudad, se apostó en los bosques y caminos, y desde las alturas lanzó sus ataques contra la columna [13] romana. El cónsul mandó primero hombres para hablar con ellos de cerca y disuadirlos de semejante locura; después, en vista de que persistían en su actitud, destacó a un tribuno con los soldados de dos manípulos, cortó a los hombres armados el acceso a la ciudad y la tomó vacía. [14] Entonces, al oír a su espalda los gritos que provenían de la ciudad ocupada, los que estaban emboscados salieron de todas partes y se produjo una matanza. Al día siguiente [15] marchó de Táumacos el cónsul hasta el río Esperqueo y desde allí saqueó los campos de los hipateos⁴⁴.

La batalla de las Termópilas

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, [15] Antíoco se encontraba en Cálcide, percatándose al fin de que no había conseguido nada en Grecia aparte de unos agradables cuarteles de invierno en Cálcide y un humillante casamiento. Comenzó entonces [2] a lamentarse de las vanas promesas de los etolios y a acusar a Toante, mientras que a Aníbal lo admiraba no sólo como hombre previsor sino casi como vaticinador de todo lo que estaba ocurriendo. No obstante, para no acabar de arruinar con la falta de acción una empresa en la que se había metido precipitadamente, envió mensajeros a los etolios para que movilizaran a toda la juventud y se concentraran en Lamia. También él mismo marchó allí al frente [3] de diez mil soldados de infantería, cifra que completó con los que habían llegado de Asia después, y quinientos jinetes. Pero el número de los reunidos allí era bastante inferior [4] al de todas las ocasiones anteriores; estaban sólo los dirigentes con unos pocos clientes, y decían que habían puesto todo el cuidado en hacer que acudiese el mayor número posible de sus ciudades, pero que ni su autoridad [5] ni su influencia ni su poder habían pesado frente a los que rechazaban el servicio militar. Falto de apoyos por todos lados tanto por parte de los suyos, reacios a salir de Asia, como de sus aliados, que no proporcionaban aquello que habían prometido cuando lo habían llamado, se retiró [6] al desfiladero de las Termópilas⁴⁵. Esta cadena montañosa divide Grecia en dos, como hace con Italia la cordillera [7] de los Apeninos. Frente al desfiladero de las Termópilas, mirando al norte, se encuentran el Epiro, Perrebia, Magnesia, Tesalia, la Ftiótide de Acaya y el golfo Malíaco; [8] al otro lado del desfiladero, mirando hacia el sur, están la mayor parte de Etolia. Acarnania, la Fócide junto con la Lócride, Beocia y unida a ella la isla de Eubea, y la tierra del Ática adentrándose en el mar como un promontorio; [9]